



EL PRINCIPIO Y EL FIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

En el momento mismo en que estábamos á punto de reconocer la eternidad de la materia, en virtud de ciertas agudísimas averiguaciones, por medio de las que, varias ciencias confabuladas *ad hoc*, han revelado con el mayor sigilo á diversos sabios de los que hoy pueblan la tierra, que el origen del mundo se pierde en la obscuridad de tiempos remotísimos, y que, por lo tanto, mientras no se tenga científicamente á la vista su partida de bautismo, no se puede asegurar quién fué su padre, quedando la sospecha científica ó la opinión racional de que él mismo se diera ser á sí propio; un sabio, alemán por más señas, dando la media vuelta á la derecha correspondiente á esa media vuelta á la izquierda, ha descubierto el fin del mundo.

No teniendo Voltaire ya nada de qué burlarse, tuvo la ocurrencia de mofarse de la ciencia mo-

derna, asegurando que era un imbécil el que en presencia del reloj negara el relojero; de manera que el ídolo de nuestra sabia impiedad declaró imbécil á esta ciencia que, descendiendo al fondo de las cosas, ha caído por su propio peso en el abismo de que al mundo no lo hizo nadie.

Y, en verdad, ¿qué sabía Moisés para asegurarnos bajo la fe de su palabra, sin ningún género de demostración científica, que Dios ha sido el autor del universo?

El génesis moderno ya es otra cosa.

Cansada la materia de su eterno reposo, salió un día del fondo de la nada; quiso ver, y de sí misma sacó la luz; quiso ser algo, y por la fuerza de su propia voluntad se convirtió en creadora de todas las cosas.

Una vez dueña de sí misma, se derramó por el espacio en innumerables mundos.

Aquello era coser y cantar.

La tierra se desprendió de aquella masa omnipotente como una hija que se separa de su madre, y por una coquetería propia de su sexo, comenzó á dar vueltas alrededor del sol, como diciéndole: «mírame».

Entonces comenzó, digámoslo técnicamente, su *toilette*. Primero se envolvió con un manto de nubes; después se sumergió en aquel anchuroso baño conocido con el nombre del diluvio, y salió de él ceñida la frente con el arco iris: se empinó en soberbias montañas, las montañas formaron los

valles, por los valles corrieron los ríos, los ríos cubrieron sus caprichosas márgenes de hierbas menudas, de plantas airosas, de árboles gallardos.

Los mares se tendieron á los pies de esta divinidad, hija de sí misma, como leones domesticados.

El agua no acertaba á estarse quieta, y, por hacer algo, *confeccionó*, allá en sus profundas soledades, millones de peces y millares de monstruos.

El aire no quiso ser menos, y, como es tan listo que se pierde de vista, con la rapidez de un soplo se cubrió de insectos y de aves.

La tierra vió esto y se sonrió, como quien dice: «Ahora veréis»; y sin más cumplimientos, convirtió el polvo en gusano y el gusano en cuadrúpedo.

Quiso perfeccionar la especie, y con movible ligereza saltó el mono entre sus manos.

La tierra debió soltar la carcajada ante aquella monería, y con esa curiosidad propia de las mujeres, quiso saber lo que había dentro del mono, y ¡qué admirable casualidad!, salió el hombre hecho y derecho, el hombre en cuerpo y alma.

Como si á este nuevo ser le hubiera transmitido todo su poder y toda su inteligencia, desde aquel momento la materia se convirtió en completamente imbécil, sin que desde entonces á acá haya sido posible sacarla de su estúpido embrutecimiento.

Afortunadamente tuvo la precaución de dejarle á cada planta el secreto de la semilla, y á cada especie la manera oculta de reproducirse, como si

presintiera que su sabiduría había de agotarse para siempre.

He aquí el mundo, tal y como ha salido de las manos de eso que se llama ciencia moderna.

He aquí el hombre, tal y como ha salido de la soberbia razón del mismo hombre.

Aquí tenemos la estupenda maravilla de un efecto sin causa, y el raro prodigio de un hijo que no ha tenido padre, ó, más bien, un efecto que es á la vez su misma causa, y un hijo que es á la vez su propio padre.

Aquí está el reloj que no ha necesitado relojero, ó, mejor dicho, el reloj que se ha hecho á sí mismo.

Tal es el génesis; veamos ahora el día del juicio: el fin debe corresponder al principio, y, según las últimas noticias que nos ha comunicado la ciencia, debemos confesar que, en efecto, corresponde.

Un sabio alemán se ha quemado las cejas, ¡parece mentira!, para averiguar que el centro de la tierra sufre un enfriamiento constante; que, en virtud de ese enfriamiento, disminuye su volumen, y asegura que llegará un día en que quedarán sin base los continentes que se elevan sobre los mares, y entonces las cuatro partes del mundo, Europa, Asia, África y América, se hundirán como la decoración de un teatro, y, arrastradas por su propio peso, quedarán sumergidas en el seno del mar.

El mundo se convertirá en un lago, y la tierra será un océano sin orillas.

Y entonces, ¿qué le sucederá al hombre?

El sabio vuelve á abrir la boca, y nos asegura que las *razas humanas* tendrán que reducirse á vivir en los pocos puntos que escapen á la inundación, y que estas razas, salvadas del naufragio en una tabla de tierra, se modificarán y se transformarán físicamente en otras especies, á causa de las nuevas condiciones que se habrán creado en la vida orgánica por el cambio de la atmósfera.

No nos dice este profeta científico qué forma, poco más ó menos, tendrá que adoptar la especie humana para poder acomodarse á las condiciones de esa nueva atmósfera; y esta omisión, que nos deja á oscuras acerca de un punto tan importante, nos autoriza á buscar esa nueva forma de la especie humana, aunque tengamos que buscarla á oscuras.

Por de pronto se ocurre que, aumentándose la extensión del agua en razón de la disminución de la tierra, el hombre tendrá que dividir las condiciones de su organismo para poder vivir con cierta comodidad entre uno y otro elemento, y adoptará, por consiguiente, la forma que mejor le venga de cualquiera de las especies de anfibios que nos son conocidas.

Podrá cada uno, como en una ropería, elegir el vestido que más le acomode, y haciendo cada cual de su capa un sayo, la especie humana, empezando por la rana y acabando por el hipopótamo, vivirá, digámoslo así, con un pie en el agua y otro pie en la tierra.

Nada más lógico que este fin, si se tiene en cuenta el principio: el hombre, que procede del mono, no encontrará gran inconveniente en convertirse en caimán; y si las cosas aprietan y el agua estrecha las distancias, del mismo modo que desde gusano llegó á hombre, bien podrá convertirse de hombre en cetáceo.

Ahora es el rey de la tierra, y entonces será el rey de los mares.

Pero demos á esta indagación científica todo el crédito que se merece: cuando la ciencia humana habla, es preciso bajar la cabeza, y tendremos todavía un recurso triple para sobrevivir á la catástrofe, reuniendo á la vez, para poder vivir en el agua y en la tierra, las condiciones del pez que nada, del ave que vuela y del bruto que corre.

Una vez que falte la tierra necesaria al linaje humano, el hombre podrá transformarse en palmípedo, y de esa manera podrá vivir en el agua, en el aire y en la tierra.

Entonces sí que hablará la ciencia por boca de ganso; entonces sí que graznará la ciencia.

Y esa transformación que el sabio alemán ha sacado de las profundidades de su sabiduría, debemos tenerla encima; porque se observan casos frecuentes de hombres que ofrecen señales evidentes de que se inclinan á la especie de los palmípedos, arrastrados por la fuerza de una intuición irresistible.

Es verdad que el sabio alemán asegura que el

centro de la tierra necesita todavía quinientos millones de siglos para acabar de enfriarse; pero tén-gase en cuenta que el progreso, acortando las distancias, ha disminuido el tiempo; y que así como en cuarenta días se le da una vuelta al mundo, así en cuarenta años se pueden correr millones de siglos.

Por otra parte, siempre ha habido hombres que se han adelantado á su tiempo, y no debe extrañarse que haya quien, adivinando ese cataclismo, se adelante á recibirlo previamente, transformado de hombre en ganso.

¡El porvenir! He ahí el porvenir.

Los que para entender algo de lo presente pasamos la vida tomando lecciones de lo pasado, no hubiéramos llegado nunca á comprender que lo por venir reservaba á la especie humana tan gloriosa apoteosis.

Los que no hemos averiguado el origen del hombre en la genealogía de la ciencia moderna, no podíamos comprender que esta máquina que piensa, llegara, por una sucesión de transformaciones, á dejar de ser hombre.

Pero, francamente: partiendo del mono, no hay dificultad en convenir en que el hombre pueda llegar á ser pato.

Y he aquí una sabiduría que nos lleva como de la mano, desde la brutalidad de nuestro origen á la barbarie de nuestro fin.

Y he aquí por qué, hablando propiamente,

tantos hombres superiores á sus tiempos graznan, agitando sus plumas, las glorias del porvenir.

Á todos aquellos á quienes oigáis decir : «El porvenir es nuestro», creedlos, porque sin duda ninguna están ya más cerca de ser gansos que de ser hombres.

Se han adelantado á su tiempo quinientos millones de siglos, y han empezado á embrutecerse por medio de la ciencia moderna, para guiar á la *humanidad*, al través del tiempo, á su próxima transformación.

Tal es el principio y tal es el fin.

¡Oh civilización! ¡Oh progreso! ¡Oh ciencia!



UN HOMBRE LIBRE

Es *Vago*, según la definición más corriente, aquel que no tiene modo alguno de vivir conocido, cuando precisamente la vagancia es la manera de vivir más conocida que hay en el mundo.

¡Ya se ve! : la vida es una lámpara que arde por más ó menos tiempo, y necesita indispensablemente una cantidad mayor ó menor de aceite que alimente la llama : la substancia indispensable para que arda la lámpara, se llama dinero.

Para vivir, pues, más ó menos tiempo, mejor ó peor, el hombre necesita proporcionarse ante todo y sobre todo una cantidad líquida.

Parece que debía entenderse por modo de vivir la manera de consumir esa cantidad, mayor ó menor, necesaria á la vida del hombre ; pero no es eso : se entiende por manera de vivir, el modo de adquirir la suma de dinero que la vida consume.

De forma que el *Vago* se distingue únicamente de los demás hombres en el procedimiento desconocido por medio del que adquiere el dinero preciso para sus necesidades, para sus placeres, para sus vicios, para su opulencia; en una palabra: para llevar cómoda ó brillantemente por el mundo la carga de la vida.

Vago es el hombre que no ejerce oficio, industria ni profesión ninguna; que no posee renta, sueldo ni beneficio de ninguna clase, y que desdeña el trabajo de su entendimiento y de sus manos, como una tiranía que menoscaba el sagrado derecho de su libertad augusta.

Quedan, pues, excluidos de la especie, desde los políticos de oficio hasta los jugadores de profesión; el club y el garito son medios conocidos de vivir; las sociedades secretas son ya industrias públicas, y la prostitución es un comercio lícito, admitido y corriente, con que se buscan la vida todas las mujeres que se pierden.

El *Vago*, en fin, es un ser raro, casi incomprendible, que vive por la razón, á la vez suprema y sencilla, de no tener sobre qué caerse muerto.

Á los ojos de la sociedad, el *Vago* se plantea como un problema, cuyos términos son estos:

El que no tiene modo de vivir, ¿cómo vive?

Á los ojos del *Vago*, el problema se plantea en otros términos, porque la dificultad se le presenta en sentido opuesto, y dice:

«Yo no tengo sobre qué caerme muerto; ¿cómo, pues, muero?»

Ahora bien: ¿es delito la vagancia?

Hay dos opiniones: unos dicen que sí, apoyándose en todos los códigos de Europa, que, ya de un modo, ya de otro, condenan la vagancia. Los contrarios sostienen que no, fundándose en que no se encuentra por ninguna parte la lesión ni el daño con que la vagancia lastima el derecho de otro.

Este *otro* no debe ser la mujer del *Vago*, que queda privada de todo auxilio por la vagancia de su marido.

No deben ser los hijos del *Vago*, que quedan abandonados por la vagancia del padre.

No debe ser la madre del *Vago*, que queda desamparada por la vagancia del hijo.

Y si no se quieren admitir estas excepciones, hay que reconocer que la mujer no tiene derecho al auxilio de su marido, que los hijos no tienen derecho á la protección de sus padres, y que las madres no tienen derecho al amparo de sus hijos.

Pero, en realidad, el fondo de la cuestión no es este. Hay que partir del origen legal de la sociedad presente para distinguir con toda claridad los deberes antiguos de los derechos modernos.

Esto importa mucho.

Nadie sabía cómo, dónde ni cuándo celebra el hombre contrato alguno con los demás hombres, en cuya compañía vive, formando familias, pueblos y naciones; pero hace ochenta años que de-

bimos salir de esta duda, porque *Juan Jacobo Rousseau* descubrió en la obscura y empolvada escribanía de su entendimiento el instrumento público de tan ignorado convenio.

Hasta entonces el hombre había vivido considerándose ligado á la sociedad por los vínculos morales propios de su naturaleza, hallándose en ella, permítaseme la comparación, como el pez en el agua, como el pájaro en el aire, sin hacer memoria de haber estipulado previamente las condiciones con que había de vivir en lo que es su propio y natural elemento; y se resignaba á vivir en estrecha comunicación con sus semejantes, engañado por el convencimiento de que no podía vivir de otra manera.

Mas esta ignorancia, tan antigua como el hombre mismo, vino á disiparse ante la aparición de *El Contrato Social*, de que dió fe, á falta de otro escribano, el mismo *Juan Jacobo Rousseau*.

En este caso la sociedad se empequeñece, se reduce y disminuye, hasta el punto de considerarse como un solo individuo, para que cada hombre por sí sólo represente tanto como la sociedad misma con quien va á contratar las condiciones de su vida, pues de otro modo no podría verificarse en justa proporción esta especie de contrato bilateral y continuo, que cada uno hace al nacer con la sociedad en que va á ajustarse por el resto de sus días.

En todo contrato parece preciso que las partes

sean legalmente iguales, es decir, que tengan igual aptitud para contratar, que estén igualmente revestidas de todos los requisitos y de todas las garantías necesarios para la perfecta legitimidad del contrato.

La sociedad, por consiguiente, debe reducir su poderoso conjunto á la mínima expresión de un simple individuo, ó el individuo necesita elevarse á la suma total del conjunto, para que el contrato sea perfecto, porque no tendría fuerza si el hombre, al contratar con la sociedad, no fuese moralmente tanto como la sociedad misma con quien contrata.

Es decir, que la primera condición de *El Contrato Social*, es que la parte sea igual al todo, ó que el todo se haga igual á la parte.

En cada uno de estos contratos sucesivos entre la sociedad que existe y el individuo que nace, se ofrece la posibilidad de nuevas condiciones por una y otra parte, que alteren continuamente el modo de ser de los contratantes, y, por lo tanto, de lo contratado: si el individuo se somete por necesidad á la ley del conjunto, no hay contrato: si el conjunto se somete á la ley particular de cada individuo, no hay sociedad.

Mas esto no importa: el hombre tiene derecho á ser salvaje; si no lo tiene, no es libre, y no se le puede negar la libertad de que opte entre ser negro de Guinea ó individuo de un pueblo culto.

El facineroso que rompe con la sociedad no es,

en resúmen, más que un individuo que pide la revisión del contrato. ¿Por qué se le ahorca?

La sociedad, huyendo de su origen divino, se refugia en la movilidad de un derecho puramente humano; lo que era una necesidad se ha convertido en un convenio.

Colóquese al hombre pactando con la sociedad, y se le verá pedir mucho y ofrecer poco; lo querrá todo por nada; en una palabra: exigirá todos los derechos y se negará á todos los deberes.

Para formar parte del conjunto, para entrar en la sociedad, se asegura que el hombre tiene precisión de hacer el sacrificio de una parte de su libertad de salvaje; pues bien: esta parte debe ser la menos posible; y si se llega á conseguir que el individuo no haga sacrificio ninguno de su libertad, se alcanzará la plenitud de la civilización moderna; esto es, la feliz combinación de estos dos términos: el hombre salvaje y la sociedad culta.

Ahora bien: cuantos menos vínculos sujeten al hombre á la sociedad, más libre será el hombre; por consiguiente, el *Vago* es el ciudadano más perfecto en las sociedades formadas por *El Contrato Social*, porque es el más libre, el que tiene más derechos y menos deberes; en una palabra: el que más toma y el que menos da.

En sociedades constituidas por la acción permanente de ese contrato continuo, los individuos que adquieren los derechos sin la retribución de ningún deber, que viven en ellas, digámoslo así, *gratis*,

son verdaderamente los *socios de mérito* de la sociedad presente.

Tal es el *Vago*, elemento flotante que nace en el fondo y vive en la superficie, y que, semejante á Simónides después del naufragio, puede decir: «Todas mis riquezas van conmigo».

Es el ser completamente emancipado y perfectamente libre, que se levanta sobre los escombros de la última tiranía, la tiranía del trabajo; lleva á la sociedad todas sus necesidades, todos sus apetitos, todos sus vicios, y recoge en ella todas las satisfacciones.

Es el verdadero salvaje en medio de la sociedad culta.

No es padre, no es hijo, no es marido, apenas es ciudadano, porque no le queda tiempo más que para ser *Vagó*.

Había de vivir en medio de un bosque de árboles; pues vive en medio de un bosque de hombres. ¿Dónde está?

En todas partes.

En las casas de juego.

En los clubs.

En las turbas.

En los cafés.

En los corrillos.

Es el público de todo escándalo, el coro de toda infamia, el cortesano de toda iniquidad.

¿Cuál es su crimen?

¿Será por ventura haberse ingeniado la manera

de ser más libre que el resto de los hombres? Además, la vagancia es una industria.

Pero el *Vago*, por lo común, vive, gasta, triunfa y brilla: ¿de dónde, pues, saca el capital que disipa?

Es verdad; pero en ninguna parte del mundo civilizado se considera como delito la fortuna de encontrarse una mina.

Por lo demás, no hay un ser más activo que el *Vago*, porque no se sabe lo que es capaz de hacer un hombre libre de toda ocupación útil y honesta.

Diréis que el *Vago* no sirve para nada, y, sin embargo, por eso mismo es materia dispuesta para todo: la *ganxúa* no es llave de ninguna puerta, y precisamente por eso sirve para abrirlas todas.

Suprimid los *Vagos*, y al cabo de algún tiempo habrá que poner en la puerta de las cárceles un letrero que diga: «Esta casa se alquila»; y en las puertas de Madrid: «Este pueblo se acaba».

Para ellos la vida es un día de huelga, y alzándose contra aquella sentencia antigua que condenó al hombre á vivir del sudor de su frente, reivindicar los derechos de la dignidad humana, ultrajada por la tiranía del trabajo, y pasean su triunfante regeneración entre el *Saladero* y el *Hospicio*.

Cayó la tiranía de Dios bajo los golpes repetidos del libre examen; cayó la autoridad del padre bajo el peso de la libertad de las costumbres; cayó la autoridad de los poderes públicos al empuje

expansivo de las libertades políticas; empieza á caer la tiranía del trabajo confundida por la holgada fuerza de la vagancia.

El *Vago* es la última evolución de la libertad, y en el orden categórico de los seres humanos, es el ser completamente libre.





TRIUNFO DE LA MATERIA

Yo veo á la materia obedecer ciegamente los mandatos del hombre; la veo tomar todas las formas; revestirse de todos los colores; transformarse, combinarse; la veo contenerse dentro de la figura que el hombre le da; la veo, en fin, dócil, domesticada, tratable, casi inteligente; en una palabra: culta.

Veó el mármol, tan duro de cascos por su naturaleza, dejarse persuadir por las agudas insinuaciones del cincel, y le veó abrirse poco á poco como un libro para dejar paso al conjunto animado y armonioso de una estatua.

Veó el agua, de suyo inquieta, impaciente y revoltosa, someterse humilde á la ley del cauce, precipitarse en el sifón que la llama, trepar por las estrechas paredes de los saltadores, y salir

orgullosa, como quien sabe lo que se hace, diciendo á todo el que quiere mirarla : «He aquí un soberbio ramillete ; he aquí un finísimo encaje».

Veo que el aire, vago é indolente, que va de un punto á otro arrastrado por la fuerza de su propia inercia , que está á la vez en todas partes, como si esa fuera la única ocupación de los que no tienen nada que hacer, que pasa su vida tendido sobre la tierra, atizando incendios y apagando luces, cede al fin á las persuasivas insinuaciones del fuelle, que le recibe y le rechaza como un pulmón que respira.

Yo le siento entrar con discreción admirable en las complicadas tuberías del órgano, y le veo salir por todas aquellas bocas mudas, cuya lengua es él, hablando, bajo las bóvedas augustas de los templos, ese idioma universal con que la tierra canta las grandezas del cielo.

Lo veo recibir de la cuerda herida por el arco ó por la mano la nota triste ó alegre, tierna ó desesperada, y lo veo esparcirla, extenderla, vibrarla en invisibles ondulaciones, llevándola de oído en oído, de alma en alma, como lleva la palabra al pensamiento, como si supiera lo que hace, como si entendiera lo que dice.

Yo veo el vapor frágil, que se escapa de las manos, que huye como si supiera que un soplo lo disipa y un rayo de sol lo deshace ; yo lo oigo mugir encerrado en su cárcel de bronce, y lo veo arrastrar con pasmoso empuje pesos enormes, siguiendo siempre la señal de las inflexibles para-

elas que van delante de él marcándole el camino.

Yo veo la electricidad que se inflama en el relámpago, que brama en el trueno y estalla en el rayo, como si quisiera decir en este triple y tremendo lenguaje : «Yo abraso al que me toca».

Y, sin embargo, al mismo tiempo la veo correr como un *saltimbanqui* por la frágil maroma de un alambre, siguiendo con docilidad inteligente todas las insinuaciones del más severo equilibrio.

Yo la veo escribir en los aparatos telegráficos con la misma soltura, con la misma agilidad, con el mismo desenfado con que pudiera hacerlo el taquígrafo más eminente.

Esa fuerza bruta que parece que tiene su trono en las nubes y su ser en las tempestades, por la virtud mecánica de una pila en combinación con un alambre, se ha convertido en el oráculo del género humano.

El hombre, las familias, los pueblos y las naciones, están pendientes del telégrafo.

«¿Qué dicen los dioses?» preguntaban los pueblos paganos.

«¿Qué dice Dios?» preguntaba el pueblo de Israel.

«¿Qué dice el telégrafo?» preguntan los pueblos modernos.

Se vive al vapor y se piensa al telégrafo.

Ó, lo que es lo mismo, ni se vive ni se piensa.

Es imposible hacer más con la materia.

El mundo es un gabinete de física, un taller de mecánica, un laboratorio de química, un museo

industrial, en los que la materia, sorprendida como el ratón por el gato, ha caído de plano bajo el imperio absoluto del álgebra y de la geometría.

En virtud de este dominio de la ciencia, la materia, regularizada, reglamentada, instruída, digámoslo así, civilizada, es capaz de todo.

Ella corre y vuela, lleva y trae, brilla y gasta, comercia y habla.

Es la cantidad elevada al cubo.

Es admirable el orden á que se ha sometido, y, sin embargo, la uniformidad del majestuoso desarrollo de sus facultades productoras es la cosa más natural del mundo.

La materia, puesta en movimiento por la ciencia aplicada á la industria, parte de todos los puntos de la circunferencia para ir á confundirse en la unidad del punto céntrico.

Esta unidad es su pensamiento, y este pensamiento, elevado á su fórmula abstracta, se llama ganancia, y reducido á su fórmula concreta, se llama dinero.

La ganancia es la idea, y la realidad es el oro.

De esta manera se han asociado todas las facultades de la materia, contribuyendo toda ella con la variedad de sus elementos, de sus cualidades y de sus virtudes, en el pensamiento común de realizar ganancias, esto es, de hacer dinero.

Principio, la materia; medio, la ciencia; fin, el deleite.

Y en medio de este armonioso movimiento y

de esta espléndida regeneración de la materia, ¿qué es el hombre?

¿Es su dueño ó su esclavo?

Ella no tiene brazos, y, por consiguiente, no podía servirse de sí misma para emprender la obra de su grandiosa regeneración.

Necesitaba manos, y tomó las del hombre.

Ella le dió á entender que en el fondo de toda substancia en bruto hay un bolsillo, más ó menos lleno, y el hombre se alquiló á la materia, porque ella le dijo: «Todo lo que yo gane será para ti».

El mármol, dejándose romper, le dijo: «Aquí hay una estatua».

El agua, impulsada por el fuego, le dijo: «Aquí hay una fuerza».

Las flores le dijeron: «Aquí hay perfumes».

Un ruin gusano, tejiendo indolente su celda solitaria, al encerrarse en ella para morir, le dijo: «Esto es seda».

Un poco de barro fundido en horno misterioso le envió, desde la grieta del peñasco en que estaba encerrado, los rayos luminosos del diamante.

La arena calcinada, deshaciéndose debajo de sus pies, le gritó: «Yo quiero ser cristal».

La piedra le gritó con dureza: «Yo quiero ser hierro»; y el hierro, á su vez, le dijo: «Yo quiero ser acero».

El plomo, con su pesadez natural, le gritaba «Yo tengo plata»; y el cobre, cediendo á la vanidad de su opulencia, le descubría de vez en cuan-

do los hilos casi invisibles de sus venas de oro.

Toda la materia le rodea, gritándole: «Aquí hay dinero»; y el hombre se vende á la materia y se alquila á la ganancia, y al someterse á la impetuosa seducción de los intereses materiales, se ha rebelado contra su espíritu, creyéndose dueño del mundo en el momento en que ha empezado á dejar de ser dueño de sí mismo.

La materia le obedece y se inclina delante de él, como la sultana dobla la cabeza ante su esclava para que ésta le ciña la diadema.

El oro es la divinidad que adoramos, la única autoridad que reconocemos; el culto de ese dios es el placer, y ya no hay respeto humano más que para las cantidades respetables.

Desde el momento en que el número funda el derecho, la razón pertenece á la cantidad, y no puede haber más ley que la fuerza.

Trescientos votos, tres mil millones, trescientos mil fusiles; una mayoría, un bolsillo y un ejército; tres números, tres cantidades, tres sumas, esto es, tres fuerzas brutas.

Todo puede hacerlo un Parlamento, todo lo hace el dinero, todo lo puede un ejército; legisladores en *comandita*, capitales en circulación, soldados en batalla; un Congreso, una Bolsa y un cuartel; el número, la suma, la cantidad; la masa que discurre, que especula, que arrolla.

Explosión abrumadora de intereses materiales que nos aturde.

Atracción irresistible de goces materiales que nos arrastra.

El número es la razón material.

La cantidad es la verdad material.

La fuerza es la ley material.

Este es el orden material.

Dejemos al hombre bajo el peso de esta múltiple tiranía, y busquemos á la mujer como la civilización quiere que sea, y como ella es.

Veámosla.

